

80-14-1980

Los tambores de Cuenca

Consideraciones como las que siguen las he expresado muchas veces ante los cristianos cuenqueses, y particularmente ante los miembros de las Hermandades de Semana Santa.

Deseo que este año registren con más exactitud que nunca el corazón de Cuenca. Corazón capaz de sobreponerse a las tentaciones y a las agresiones. Tal es el sentir de la Junta de Cofradías, formulado en acuerdos recientes con honrosa unanimidad. Que el comportamiento de todos, cuenqueses y visitantes, haga de nuestras calles digno reflejo de ese corazón.

CUENCA en Semana Santa se hace Jerusalén para celebrar la Pasión de Jesús, el Salvador. Mas, frente a la Jerusalén del Sanedrín y de Pilatos, sus calles ponen a la vista el inmenso desarrollo histórico del Cristianismo. Lo que en el momento original era un grupúsculo de fieles —que junto con Santa María acompañaban a Jesús en medio de una masa de indiferencia, cobardía y traición— es ahora todo un pueblo agradecido, que reconoce como su Señor al crucificado.

No estamos ante una vaga evocación cultural. El pueblo siente en su entraña una presencia y la hace visible con la plasticidad y la emoción de lo vivo. Sin duda esta emoción tensa y arraigada indica cómo el pueblo creyente se identifica a sí mismo en la representación de la Pasión del Señor. Ve en ella el paradigma de nuestro vivir y nuestro penar: la condensación del dolor humano (incomprensión, persecución, traición, muerte). Por las Hermandades, que no pueden disimular su origen gremial, los distintos sectores del pueblo trabajador llevan a los pies de Cristo y de Santa María, en los pasos procesionales, sus propios afanes cotidianos.

Pero, felizmente el pueblo cristiano no accede a esa degeneración del Cristianismo con que algunos lo reducen a símbolo de lo humano. No busca una catarsis anual mediante la sola exhibición de los males que ocurren en el mundo; si así fuera, las imágenes de la Pasión podrían ser constituidas por los episodios del dolor y las desgracias contemporáneas. La Semana Santa es una celebración religiosa, donde palpitan la adoración y la esperanza. Se celebra la pasión de Jesús, hijo de María, que sucedió hace veinte siglos; la del Único que, por ser Dios y hermano nuestro, da sentido y salida al dolor de todos. Ese dolor y esa entrega generosa de Jesucristo —precisamente esos y no los demás— nos garantizan la posibilidad de situar nuestros males en una perspectiva de amor y esperanza. Ya el dolor no nos atenaza con la implacabilidad de lo ciego y lo impersonal. Recobramos la libertad de hijos de Dios. El Inocente —que para rescatarnos se ha autoencarcelado libremente— nos ofrece con su Resurrección el triunfo de la vida sobre el pecado y la muerte.

Se explica bien así el realismo de la imaginaria de la Semana Santa y la tenacidad entrañable con que permanece a través de las modas artísticas, y con que rebrota tras los arrasamientos revolucionarios. El pueblo no se contenta con simbolizar senti-



Escribe:

† JOSE, OBISPO DE CUENCA

mientos o ideas, proyección de subjetividades menesterosas. Quiere, para guía y alimento de su propio corazón, representarse los pasos reales de Aquel que reina vivo por encima de la muerte, que nos habla ahora mismo y se nos da en su Cuerpo y en su Sangre. Si el foco de la atención del pueblo dejara de ser la Persona inconfundible de Cristo, suplantada por formas de culto (vergonzante o descarado) a la diosa Humanidad, el pueblo dejaría de ser cristiano, y la soledad, orgullosa o abatida, ocuparía el campo de la esperanza.

Desde el tiempo apostólico la Cruz provoca dos reacciones: en unos, de escándalo y vergüenza; en otros, de admiración liberadora. Los pueblos que viven dignamente la Semana Santa se glorian, al igual que San Pablo, en la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo. En ellos se da el prodigio de sobreponerse a la gran tentación: la que, por impaciencia ante los sufrimientos, induce a proferir el grito retador y sarcástico: «Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz». Al contrario, se reconoce la presencia del Amor y del Poder de Dios en la misma cruz; se in-

tuye el valor de la renuncia y el sacrificio en el camino hacia la felicidad.

Y no hay nada de masoquismo. A veces se echa en rostro a pueblos como Cuenca la supuesta obsesión, que los acusadores creen tenebrosa, por festejar la pasión y la muerte, cuando, según ellos, deberían celebrar más la Resurrección. Si, todas las actitudes cristianas tienen como punto de mira la Resurrección. El Evangelio es alegría. Pero la Cruz no ensombrece la luz del Evangelio. Es su alborar para nosotros, que caminamos todavía en la noche. Por algo los cuatro Evangelios se detienen más que en nada en el relato de la Pasión. «Per cruce[m] ad lucem».

Eso sí: frente a las erosiones de los tiempos, Cuenca ha de reavivar sus propias intenciones originales. En su modo serio y reverente de celebrar la Semana Santa, Cuenca no sólo prosigue una tradición local; cuida de mantener para sí y de presentar a los que la visitan la autenticidad de su fe cristiana. Quiere que sus muchedumbres procesionales sean la ampliación del grupito fiel del Calvario; no una comparsa de curiosos indiferentes, de los que acaso se exaltan con la multiplicación de los panes y se desinteresan del Pan de la Vida; y mucho menos, el escaparate acobardado de los que vociferan insultos contra el Señor de la Pasión y contra los que lo veneran. Con sus «Turbas» tan sonadas Cuenca hace resonar estremecida los improperios que atormentaron a Jesús. Pero no los hace suyos. Los tambores llaman a la gratitud y a la conversión.

